

Maryann McFadden

*El verano  
de mi vida*

La historia de una mujer que intenta  
encontrarse a sí misma

*Traducción:*

MÓNICA RUBIO



MAEVA

Título original:  
*THE RICHEST SEASON*

Diseño de cubierta:  
ELSA SUÁREZ

Fotografía de portada:  
TREVILLION IMAGES/YOLANDE DE KORT

Fotografía de la autora:  
JERRY BAUER

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© MARYANN MCFADDEN, 2008  
© de la traducción: MÓNICA RUBIO, 2011  
© MAEVA EDICIONES, 2011  
Benito Castro, 6  
28028 MADRID  
[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)  
[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 978-84-15120-37-7  
Depósito legal: B-21.920-2011

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.  
Impresión y encuadernación: Industria Gráfica CAYFOSA, S. A.  
Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

Para mi familia, que es para mí más valiosa que nada en el mundo.

Para mis padres, Jack y Angie Abromitis, que me inculcaron la confianza para creer que cualquier cosa que intente es posible.

Para mis hijos, Patrick y Marisa, que me inspiran y me hacen desear siempre ser la mejor persona que pueda ser.

Para mis yernos, Karen y Michael. Sois ya como mis propios hijos.

Para Alice y Lily, mis preciosas nietas. Me habéis aportado amor y alegría y eso está más allá de las palabras.

Para Betty, la mejor suegra del mundo. Y para la tía Margie, a la que siempre echaré de menos. Pawleys Island no será la misma sin ella.

Y para mi marido Pat. Por los nuevos principios.



*Lo que hizo la naturaleza  
fue recordarle que la madurez  
lo es todo, que otoño es la estación más rica,  
que prepararse para la nieve significa  
construir un refugio, que el calor interior  
soporta cualquier aullido exterior del invierno.*

Del poema «Madurez», de Joanne McCarthy



PRIMERA PARTE

*La huida*



# 1

El cielo estaba aún oscuro, como cada mañana, cuando Joanna Harrison emprendía el camino de tres kilómetros que serpenteaba a través de su urbanización. El aire gélido le golpeaba la cara, la única parte de su cuerpo que no había cubierto, y le provocaba un pesado entumecimiento mientras caminaba junto a casas monumentales, posadas majestuosamente sobre enormes fincas. Pero, a diferencia de otras mañanas, no pensaba en la jornada de trabajo ni en los recados de después. Tampoco pensaba en sus hijos, a miles de kilómetros de distancia. Esta vez visualizaba el año desplegándose ante ella semana a semana y temblaba, no de frío, sino porque sabía que todo estaba a punto de cambiar. Y en esta ocasión no iba a ser capaz de soportarlo.

No era una persona muy tenaz. Joanna había aprendido, años atrás, que lo mejor era controlar sus sentimientos. Criarse en casa de su madre le había enseñado a enterrarlos en lo más profundo de su ser. El único problema que esto le causaba era una esporádica sensación de asfixia, como si algo indefinido o hace tiempo olvidado emergiese hasta la superficie, como una voz luchando por ser oída. Así ocurrió aquella fría mañana de marzo. Justo antes del amanecer, mientras sus zapatillas aterrizaban una y otra vez sobre un lecho de hojas congeladas, siguiendo una rutina a la que se aferraba como si su vida dependiese de ello, esa voz apareció en la conciencia de Joanna Harrison igual que el silencioso agrietamiento de un lago helado a punto de derretirse.

*Vete.*

Agitó los hombros y aceleró el paso. Sus músculos, adormecidos, empezaron por fin a calentarse. Se detuvo un momento y dobló la pierna izquierda unas cuantas veces hasta que le

chasquéó la rodilla. Tenía un poco de artritis, anuncio de la edad madura. Pensaba en Sharon, en cómo se habría reído ella de esto. Sharon era la única amiga verdadera que llegó a tener al mudarse a Nueva Jersey, tres años antes. Se llamaban la una a la otra, en tono de broma, «cónyuge suplente», cuando iban juntas al cine o al fútbol mientras sus maridos, casados más bien con sus respectivos trabajos, viajaban por todo el país. Hacía unos meses que Sharon se había mudado a Texas. La echaba muchísimo de menos.

El sol apenas empezaba a asomar tras las desnudas colinas del Este cuando Joanna abandonó la acera para dirigirse al sendero arbolado que discurría por detrás de las casas. Enseguida, un rayo de pálido sol invernal iluminó los árboles pelados y los campos manchados de nieve en la lejanía. Un débil resplandor se encendió en el interior de Joanna. Hacía días que no veía el sol. No recordaba un invierno tan crudo y duradero como aquél.

Las primeras nevadas habían llegado antes de Halloween, pero no fueron más que un efímero destello que desapareció cuando la cálida tierra las absorbió a las pocas horas. En Navidad, la vida que conocía se había quedado prácticamente paralizada bajo una capa de setenta y cinco centímetros de nieve. Permaneció ante el ventanal, con el teléfono inalámbrico en la mano, esperando noticias de sus hijos, atrapados en diversos aeropuertos. Las vacaciones que tanto había deseado se convirtieron en una frenética visita de dos días, tras la cual Sarah y Tim regresaron a toda prisa a sus ajetreadas vidas. Y al día siguiente su marido, Paul, se marchó de nuevo en viaje de negocios. Su vida había vuelto a caer en la vieja rutina. Mientras caminaba por el bosque y el mundo volvía poco a poco a la vida, la añoranza de sus hijos la llenaba de dolor.

*Vete.*

Sin embargo, era la mujer de un ejecutivo. Estaba acostumbrada a la soledad. Las esposas de ejecutivos eran como cualquier otra clase de madre soltera. Joanna siempre andaba ocupada, y cuando sus hijos se marcharon, llenaba las horas viendo vídeos y leyendo, o en algún curso para adultos. De hecho, gracias al último al que asistió, de informática, justo al mudarse a Sparta,

encontró su trabajo actual, en una compañía local dedicada a la fabricación de dulces. Era un trabajo mecánico, consistente en introducir datos en el ordenador durante todo el día, rodeada de cubos de chocolate y del aroma nauseabundo de los granos de cacao tostándose. Su verdadera carrera había sido su familia. No le importaba. Como huérfana de madre, lo que más deseaba era criar a sus hijos por sí misma y darles el amor y la seguridad que ella nunca había tenido. Habían seguido a Paul en sus ascensos y traslados por todo el país, que iban elevando su posición en la empresa, como en el juego de la escalera y las serpientes. En veintiséis años de matrimonio, se habían mudado más de doce veces. A medida que Paul iba ascendiendo en la escalera empresarial, el trabajo de Joanna consistía en que el resto de la familia no cayese por las serpientes.

Y ahora, Paul y ella se iban a mudar de nuevo.

Pensó en la gran sorpresa que le había dado su marido la noche anterior. Le había dicho que se trataba simplemente de una cena de trabajo. Ella estaba de pie en el salón de actos de la oficina central de V.I.C. en el noreste, a tan sólo cuarenta minutos de su casa, frente a una multitud compuesta por colegas e incluso algunos clientes de Paul. Ted, su jefe y amigo, le rindió homenaje por su trabajo y esfuerzo. Y entonces, con gran alharaca, Ted anunció que Paul era el nuevo vicepresidente de ventas nacionales. Estalló un clamor y su marido se dirigió al podio. Pequeñas lucecillas titilaban en los árboles y sonaba el rugido de una fuente cuando la voz de su marido empezó a llenar el atrio con agradecimientos y elogios a la empresa. Sintió como si la reverberación de su voz en las paredes de azulejos la hubiese elevado por encima de la sala. Lo observaba todo como un espectador suspendido sobre la muchedumbre, y vio a la otra Joanna abajo, a lo lejos, riendo, aplaudiendo, con el piloto automático activado. Tras el aplauso, cuando Paul se acercó a ella, cayó en picado de nuevo a la tierra, sin aliento. No puedo hacer esto otra vez, pensó, porque sabía lo que vendría después: otra ciudad, otra casa, y Paul pasaría aún más tiempo fuera. Y ella no conocería a nadie.

Empezó a hiperventilar. El aire salía de sus pulmones como si lo estuviesen sacando con una aspiradora. Y no podía aspirar

de nuevo. Estaba a punto de montar un número. Se dio la vuelta para escapar hacia el servicio, pero una mano la agarró del brazo y la detuvo. Se volvió y vio a Paul, radiante. Debió de advertir el pánico en sus ojos porque inmediatamente la atrajo hacia sí y le besó la mano. Mientras la gente le aclamaba, le susurró al oído: «Necesito que estés aquí, Joanna».

Comenzó entonces su recorrido por la sala. Paul recibía saludos y palmaditas en la espalda y la arrastraba a ella a su lado.

Joanna miró hacia arriba al oír un avión que zumbaba bajo en el cielo matutino. A través de las copas desnudas de los árboles vio un avión a reacción que se dirigía hacia el Oeste y se preguntó si sería el de su marido. Se acordó de que Paul le había dicho que en ese trayecto podía ver su vecindario. Lo imaginó ahí arriba, sentado en primera clase, con el portátil abierto y la mente preparada para la reunión que tenía en California, a pesar de lo que se había alargado la noche anterior. Una vez más, estaría fuera una semana. ¿Se tomaría siquiera la molestia de mirar hacia abajo y pensar en ella? ¿Significaba ella algo para él? ¿La verían sus compañeros como algo más que «la mujer de Paul»?

El sol se reflejaba en las ventanas de las viviendas orientadas al Este cuando Joanna salió del bosque y cruzó el callejón sin salida que había detrás de su casa. Varios coches calentaban motores en los accesos a sus respectivos garajes, exhalando nubes de humo por el tubo de escape en el aire de esa helada mañana de invierno. En una hora y cuarto estaría en el trabajo, sentada en su cubículo, con un cuadro de los nenúfares de Monet observándola desde una pared tapizada y varias fotos de sus hijos, de épocas diversas, sonriéndole desde otra. Ocho horas después volvería a una casa vacía, pondría los mensajes del contestador automático y se tomaría un vaso de vino mientras escuchaba los interminables argumentos de las ofertas telefónicas o de Gabrielle, su errática chica de la limpieza, con una nueva excusa. Encendería la tele para que le hiciese compañía durante la cena solitaria y, al día siguiente, otra vez lo mismo.

O quizá no.

Mientras Joanna avanzaba por el camino de entrada a su casa, su voz interrumpió el silencio de aquella mañana. «Me voy», dijo

en voz alta mientras abría la puerta principal, en respuesta a esa otra voz.

Conducía como un autómata, con la mente congelada. Antes de darse cuenta, había recorrido trescientos kilómetros. A mediodía estaba en la Ruta 95 Sur, en algún lugar de Virginia, y el muro de madera que bordeaba el arcén empezó a cubrirse de brotes. Pronto fue de un verde perfecto. Poco después apareció la primera salpicadura morada de glicinia, justo antes de la frontera con Carolina del Norte. En la oficina de turismo, donde paró para hacerse con un mapa, le sonrieron unos narcisos amarillos. Mientras volvía al coche, un viento sedoso le acarició la cara de una forma tan suave y dulce como no había sentido en mucho tiempo.

Poco después, su entusiasmo empezó a venirse abajo junto con el sol. Cogió una salida a una carretera secundaria plana y sinuosa mientras atardecía y las luces de las casas, cuyos habitantes se reunían para cenar, empezaban a encenderse como faros en la malla grisácea que tejía la noche. Se sentía completamente sola. Tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar, así que decidió desviarse hacia el aparcamiento de un restaurante. Frenética, vació una bolsa de McDonald's de los restos que contenía, se la puso en torno a los labios y empezó a respirar, despacio, una y otra vez.

Doce horas después de marcharse de su casa en Nueva Jersey, Joanna se detuvo en un motel de la Ruta 95 justo antes de la frontera con Carolina del Sur. Le temblaba todo el cuerpo de cansancio. Nunca había conducido tantos kilómetros ni tanto tiempo sola. Con los hombros encogidos, estiró los brazos lo más alto que pudo para relajar los músculos de la espalda. Después se agachó varias veces hasta que le chasqueó la rodilla.

Jamás había dormido en un motel, y estaba un poco nerviosa. Cogió una habitación cerca del vestíbulo con un pasillo interior. El ambiente estaba cargado, por lo que abrió el conducto del aire hasta que la atmósfera se refrescó un poco. Soltó la bolsa en el suelo, se derrumbó sobre la cama y cerró los ojos. La habitación empezó a dar vueltas y Joanna comenzó a sentir náuseas. Dios mío, ¿qué había hecho? Era una locura. No tenía un plan. Lo

único que hacía era conducir hacia Pawleys Island. Esa mañana, al meterse en el coche presa del pánico, se había dicho a sí misma que ya decidiría qué hacer cuando llegase a su destino.

Se levantó, le quitó el envoltorio a una taza de plástico que había en el lavabo y se sirvió un brandy de la pequeña botella que había metido en la maleta. Mientras tomaba el primer trago, con un temblor en las manos que hacía vibrar el líquido dorado de la taza, pensó en su madre por un instante y se detuvo, visualizando la taza de café que siempre la acompañaba. Su madre no había conseguido engañar a nadie. Joanna dio un trago largo, hasta casi atragantarse, que dejó un rastro ardiente a su paso, perceptible durante un buen rato. En unos instantes, los temblores se atenuaron.

Se dio un baño caliente. Al meterse en la bañera, aún casi vacía, emitió un gemido de placer. Después se sirvió otro brandy, se tumbó en la cama y encendió la televisión para buscar el parte meteorológico. Sólo le quedaban unas horas de camino la mañana siguiente. Encontró el pronóstico del Oeste, que auguraba nieves en las Montañas Rocosas. Se imaginó a Sarah, levantándose temprano para despejar su coche, con unos incómodos pero elegantes zapatos y sin gorro, y después conduciendo hacia su trabajo en una galería de arte en Denver. Timmy probablemente aprovecharía el espacio entre clase y clase para hacer un poco de *snowboard*. Era una de las ventajas de ir a la universidad en Montana. Bebió otro trago de brandy. Los echaba mucho de menos. ¿Qué pensarían cuando descubriesen que se había ido? Se preguntó si Paul lo sabría ya.

Al cerrar la puerta definitivamente aquella mañana, se dio cuenta de que no había dejado una nota. Y entonces pensó lo absurdo que habría resultado. Paul iba a estar varios días fuera de casa. La nota habría permanecido todo ese tiempo sobre la encimera sin que nadie la viese. Entró y cogió el teléfono para dejarle un mensaje en la oficina, como había hecho con su jefe para dejar el trabajo.

—Me voy —le dijo a su marido—. Llevo mucho tiempo sintiéndome sola e infeliz.

Una ola de vergüenza reptó por su piel cuando lo imaginó escuchando esas palabras, que entonces sonaron tan ridículas y banales.

Joanna se levantó de la cama y se dirigió dando tumbos hacia la puerta para echar el cerrojo. Encendió la luz del cuarto de baño, dejó la puerta entornada, apagó las otras luces y volvió a la cama. La habitación parpadeaba en silencio con el destello de la televisión. Enterró la cara en una almohada, percibió el olor a lejía y emitió el primer sollozo. Iba a abandonar todo lo que siempre había querido.

## 2

Desde el momento en que atravesó el paso elevado que separaba Pawleys Island del resto del mundo, Joanna se sintió llena de esperanza. Veía manchas blancas de nieve sobre el manto verde de las marismas, donde las garcetas se empujaban unas a otras por la comida. Una garza levantó súbitamente el vuelo, y Joanna la siguió con la mirada por el cielo azul, que se extendía inmenso por todo el horizonte, en su viaje a través de la isla hacia el mar. Al ver cómo los cangrejeros echaban sus jaulas por los lados del puente sintió que estaba entrando en otro mundo. Un lugar donde el tiempo pasa más despacio, la vida es más sencilla y los días giran en torno a la marea y el clima. Pawleys Island es una extensión de arena de cinco kilómetros, de poco más de medio kilómetro de ancho. En ella no había más que dunas, casas y playa. Sus habitantes habían conseguido mantener a raya a los constructores para que la isla no se estropease llenándose de hoteles y rascacielos. Hacia la mitad de la isla había un puñado de casas históricas con tejados bajos de cedro, frondosos arbustos y porches, al estilo de las viejas plantaciones, que daban al mar.

Joanna aparcó su Jeep junto a uno de los letreros con leyendas históricas y salió del coche. Estaba rodeada de marismas verdes que brillaban bajo el sol. Respiró hondo y el aire salado del lugar la llenó de alivio. Era lo mismo que había sentido años atrás, cuando llegó allí por primera vez. Había hecho bien en ir.

Habían pasado diez años, o quizá más, desde que Paul los llevó a ella y a los niños a Myrtle Beach en Semana Santa. Los niños, que entonces eran adolescentes, se aburrían y cada mañana había

que planear algo al gusto de todos. Al final, el último día, Paul dijo que se iba a jugar al golf. Los niños se querían ir solos al centro de juegos. Joanna se metió en el coche y se fue a explorar en dirección a Brookgreen Gardens, pero se pasó y de repente vio la señal hacia Pawleys Island. Salió de la Ruta 17 y al cabo de unos minutos el mundo se abrió ante ella. Marismas, cielo y mar. La misma sensación de tranquilidad. El mismo anhelo nostálgico. Un lugar sencillo para vivir.

De nuevo en el coche, siguió la única carretera del sur de la isla hasta su extremo y paró en un aparcamiento arenoso. Era última hora de la mañana. Habían pasado dos horas desde que dejara el motel en Carolina del Norte. Salió del coche, caminó por un sendero de tablas que rodeaba una duna y de repente vio como el océano se agitaba y brillaba ante ella. El agua fluía a borbotones a su alrededor por el canal que llevaba la marea hacia las marismas entre Pawleys y la siguiente isla. Estaba prácticamente rodeada de agua. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, una sensación de auténtico placer creció en el interior de Joanna. Quizá, pensó, todo salga bien.

Joanna se registró en el pequeño Holiday Inn Express que había junto a la Ruta 17 y a la mañana siguiente, como cada día después de aquello, volvió a la playa para pasear y planear la jornada. Antes de darse cuenta había pasado una semana y tenía una nueva rutina, aunque todavía estaba lejos de poseer una nueva vida. Después del paseo volvía al motel, calentaba algo en el microondas, se duchaba y se vestía. Y a continuación se iba a la biblioteca.

A Joanna le resultaba casi imposible entrar en una biblioteca y no pensar en su infancia. Era como un santuario para ella, rodeada de calma y quietud durante las horas después del colegio, en las que su madre debía de llevar ya demasiado tiempo dándole a la botella. Lejos de su mordacidad, se sumergía en libros que la transportaban a otros lugares, otras vidas, y por un momento vivía en el lugar de otro, se imaginaba que era Nancy Drew, guapa y popular, sin madre, con un padre estupendo y con una ama de llaves que se lo consentía todo. En el verano entre quinto y sexto

curso se leyó la colección entera, un libro al día, viviendo prácticamente en la biblioteca. A veces se llevaba el libro a Sand Bar, la playa local, en un tramo del río que discurría haciendo meandros a través de su pequeña localidad en Pensilvania, y leía bajo un árbol, lejos de las joviales familias.

Una vez más se deleitaba en el silencio, con el olor a libro viejo y a pulimento de limón. Leía los periódicos en busca de trabajo y un lugar donde vivir. La bibliotecaria fue amable y le dio una tarjeta temporal. Le anotó, incluso, algunas recomendaciones para buscar una vivienda en alquiler, pero Joanna había decidido encontrar un trabajo antes de buscar un sitio donde quedarse. Había cogido cinco mil dólares la mañana que se fue de casa, pero pagaba todo con tarjeta para que el dinero le durase lo máximo posible. Cada mañana salía de la biblioteca con un montón de cosas para leer durante la tranquila noche en el motel. Por las tardes buscaba trabajo.

Fue a casi todos los restaurantes y a muchas tiendas, incluso a la de ultramarinos Harris Teeter, que le parecía una apuesta segura. Pero estaban en temporada baja, la época tranquila entre el invierno y la primavera, y la respuesta fue la misma en todos lados. Vuelva dentro de uno o dos meses, cuando recuperemos el ritmo. Después, antes de que oscureciera, daba otro paseo por la playa para llenar las horas que quedaban hasta que se hiciese de noche. Parecía que caminar se había convertido en su trabajo.

Al poco tiempo, la felicidad que sintió al llegar desapareció.

**P**aul Harrison entró en su nueva oficina en V.I.C. con la sensación de ser un guerrero volviendo de la batalla. Cuando llegó aquella mañana, llevaba nueve días extenuantes de viaje de negocios que habían empezado en California. Deseaba llegar a su vieja oficina y esperar hasta que los de mantenimiento lo ayudasen a trasladar sus cosas. Pero su secretaria, Diane, lo estaba esperando para acompañarlo sonriente hasta el mejor despacho de la cuarta planta. En la puerta, había una brillante placa de bronce que decía: «Paul Harrison, Vicepresidente de Ventas Nacionales». Sintió que se le hinchaba el corazón de orgullo.

—Enhorabuena, jefe. Te lo mereces.

—Gracias, Diane.

Cerró la puerta tras de sí, caminó hasta el otro lado de la mesa de cerezo y se sentó. Se lo merecía. Llevaba años dejándose la piel y, por fin, podía relajarse un poco. Se dio la vuelta en la silla para mirar a través de los amplios ventanales. Estaba rodeado por las colinas del norte de Jersey. Todavía no había llegado la primavera, pero a pesar del frío invernal que aún flotaba en el aire, el hielo que cubría el mundo se empezaba a derretir.

Y, muy pronto, su mujer también se derretiría, si no lo había hecho ya. Cuando recibió el mensaje en el que la voz temblorosa de Joanna le decía que lo iba a dejar, estaba de pie, recién llegado al aeropuerto de California. Debido al retraso que sufrió el vuelo, llegaba a la primera reunión del día media hora tarde. Furioso y frustrado, escuchó el mensaje tres veces. En la limusina que lo recogió en el aeropuerto, se convenció a sí mismo de que no debía preocuparse. No tenía tiempo para ello. A Joanna ya se le pasaría, como siempre.

Sonó el intercomunicador.

—Ted en la línea uno —dijo Diane.

Contestó.

—Ted, ¿qué tal estás?

—Paulie, amigo, bienvenido otra vez. ¿Qué opinas de las novedades?

—¿Estás de broma? ¿De qué me voy a quejar? Ha sido una agradable sorpresa llegar esta mañana y no tener que mudarme.

—Para ti sólo lo mejor, Paulie. —Ted se puso serio—. Tengo que hablar contigo un poco más tarde. He visto las cifras de la cuenta Landmark. Deberías verlas. ¿Estás libre para comer?

—Claro, mientras sea rápido. Tengo cita en el médico a las dos. Tuve que suplicar para que me buscasen un hueco.

—¿Estás bien?

—Sí. Yo creo que es de tanto volar. Tengo una sinusitis terrible.

—De acuerdo. Te veo a mediodía.

Paul colgó. Con mucho cuidado se sacó una bola de algodón de la oreja. La azafata del vuelo nocturno de la noche anterior le había dado una bolsa entera, después de que las dos primeras se empapasen por completo. Esta vez, el algodón estaba limpio, sin

una sola mancha rosada. Y la sensación de quemazón se había atenuado hasta un nivel tolerable. Bien. No tenía tiempo para problemas.

Llamó a casa. Después de cuatro tonos sonó la voz de Joanna en el contestador automático. Colgó. Probablemente estaría de compras o dando un paseo. Alguien dio un breve toque a la puerta, y antes de que pudiese contestar, se abrió. Diane dio paso a un mensajero que llevaba un enorme jarrón lleno de flores exóticas y la cesta de fruta más grande que había visto en su vida.

—Ahora que has vuelto, seguro que ésta es la primera de muchas felicitaciones —dijo Diane, sonriente, y le dio las tarjetas mientras el mensajero dejaba los regalos con cuidado sobre la cómoda de cerezo.

Cuando se fueron, Paul abrió las tarjetas. La primera era del departamento legal: «¡Lo mejor para el mejor! Tus picapleitos». La segunda era de su predecesor, que ahora se trasladaba al departamento de ventas internacionales. «¡Por un año de récords! Dwight Hobson.»

El año anterior había ido bien, desde luego. Pero, con los cambios en la dirección, V.I.C. generaba grandes expectativas. Cogió el teléfono y en un impulso, marcó el número del trabajo de su mujer. Su extensión redirigió la llamada a la centralita. Colgó. Si tuviese un maldito teléfono móvil, como todo el mundo, no tendría que andar preguntándose dónde estaba. Pero una y otra vez se había negado. Insistía en que siempre estaba en casa o en el trabajo, y que para qué malgastar el dinero. Evidentemente, se equivocaba.

Volvieron a llamar y la puerta se abrió. Otra vez, Diane dio paso a un mensajero, con más flores y una botella de champán. Paul sonrió al recibir las tarjetas.

—Por cierto, Diane, tengo una maleta llena de ropa sucia, y una reunión...

—Por supuesto. No te preocupes lo más mínimo —dijo ella, agitando la mano—. Tendrás la ropa a última hora del día.

—Bien. ¿Puedes traerme el archivo Landmark ahora mismo? Ah, y llama al médico para cancelar mi cita a las dos.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—No... ahora mismo nada más.

—Escucha, Paul, ¿por qué no te relajas? Debes de estar exhausto, después de una noche entera volando. Si surge cualquier cosa, yo me ocuparé.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—Tú disfruta este momento —dijo Diane, justo antes de cerrar la puerta.

Ésa era su intención. Ni siquiera las rabieta de su esposa iban a estropearlo.